



PROBLEMÁTICAS SOCIOCULTURALES ACTUALES
socioculturales

¿Qué hacer con la diferencia?: Aproximaciones a la idea de raza en Colombia durante los siglos XIX y XX

Resumen

Este artículo explora la relación entre la idea de raza y la construcción de la nación en Colombia durante los siglos XIX y XX. De forma comparativa, plantea que entre un siglo y otro existen más rupturas que continuidades en el significado y en los discursos referentes a la idea de raza, pues durante el siglo XIX la raza se constituyó como un instrumento de diferenciación política mientras que en el siglo XX su significado giró en torno a la normalización biopolítica de la población.

Summary

This article explores the relation between the idea about race and nation growing in Colombia through XIX and XX centuries. In a comparative way, it shows that there were more ruptures than continuities in the meanings and discourses in the idea about races in the transition from XIX century to the next; That's because in that century, race was a political instrument of difference, meanwhile, in the XX century, its meaning goes through a biopolitics standardization in the population.

“Naturaleza es un concepto cultural. Designa un componente no eliminable de la experiencia humana que desafía la voluntad del hombre y le pone límites impenetrables a su acción”

Zygmunt Bauman

Introducción

Según Aníbal Quijano (2009) la idea de raza se constituyó como una categoría del poder colonial. A través de ella las relaciones de poder derivadas de la dominación colonial, fueron naturalizadas y legitimadas mediante diferentes tipos de interpretación que legitimaron las jerarquías sociales como consecuencia de las diferencias biológicas y culturales de los grupos poblacionales. Entonces, a través de la idea de raza se definieron identidades jerarquizadas que, mediante discursos “científicos” y de acuerdo con la dicotomía superior/inferior, fueron ubicadas en distintos lugares del espacio social y político.

La idea de raza se constituyó como el más poderoso instrumento de dominación y diferenciación sociopolítica. La construcción de una identidad dominante definida a partir de la idea de lo blanco y lo europeo, tuvo su basamento en procesos de diferenciación excluyente fortalecidos a través de los circuitos del poder económico y político en la sociedad colonial. Las demás identidades, definidas desde lo indio, lo negro o lo mestizo, fueron relegadas a espacios donde los beneficios del poder no circularon, es decir, fueron construidas como identidades dominadas, incapaces de ejercer el poder, incluso, sobre sus propias vidas.

En los párrafos siguientes se analizará el tema de la raza de forma comparativa en los siglos XIX y comienzos del XX, buscando las posibles rupturas y continuidades en relación con los procesos constitutivos de las identidades y de la nacionalidad. Para el caso particular del siglo XX se ha tomado como referencia el debate realizado en el Teatro Municipal sobre la degeneración de la raza en 1920, por considerarse un punto de especial importancia en las estrategias biopolíticas del Estado a comienzos del siglo XX. En este sentido se tendrán en cuenta tres elementos importantes: las transformaciones sociopolíticas de comienzos del siglo XX, la incursión de nuevos saberes denominados modernos y la producción discursiva realizada en torno al debate.

Raza y pueblo en el siglo XIX

La sociedad colonial, aunque diversa, se configuró como un sistema sociopolítico cerrado. En el sentido gramsciano, sus élites fueron dominantes porque no involucraron a las demás identidades en un proyecto político de unidad o de consenso, razón por la cual la fragmentación es la característica fundamental de la sociedad colonial. Desde la élite, los procesos de diferenciación se desarrollaron como procesos de constitución de identidades cerradas, definidas en sí mismas por sus características intrínsecas, osi-

tivas; identidades fijas en el tiempo y tal vez en el espacio, inmodificables, imposibles de subvertir. Lo blanco se definió en sí mismo como característica dominante, como lugar natural de la jerarquía, y por lo tanto, lugar inmutable al igual que los lugares definidos para las identidades dominadas.

Con la ruptura del régimen colonial, aunque no de su estructura, la idea de raza cobra un nuevo significado al articularse con la idea de nación. A partir del proceso independentista la búsqueda de una unidad social y política por parte de las élites colombianas, conlleva a una reconfiguración de las identidades a través de diferentes mecanismos expresados en procesos continuos de *diferenciación/homogeneización y exclusión/inclusión*. La noción moderna de unidad bajo la cual se articuló el concepto de nación, llevó a las clases dominantes a identificarla como una idea homogénea, uniforme, a partir de la cual se podría construir una sociedad igualitaria y estable en términos políticos. No obstante, teniendo en cuenta que la estructura social heredada de la colonia se constituyó como una continuidad histórica, la construcción de la nación discurrió por caminos ambiguos y contradictorios que, parafraseando a Jesús Martín Barbero (1987), podrían identificarse como procesos de *inclusión abstracta y exclusión concreta*. Las identidades conformadas en torno a la idea de raza se articularon a estos procesos, constituyendo configuraciones discursivas y políticas específicas en cada momento de la constitución de la nación colombiana. La idea de raza en torno a la construcción de la nación constituye un problema fundamental que se plantea en los siguientes términos: ¿Cómo construir una unidad simbólica, un sentido de pertenencia al mismo tiempo que el instrumento de *dominación/gobierno* está basado en la diferenciación? ¿Cómo construir una nación de ciudadanos cuando los mecanismos de control poblacional están basados en la clasificación jerárquica? En última instancia, ¿Cómo legitimar el patrón de poder imperante?

Hans König (1994) ofrece un primer elemento para responder a estas preguntas a partir del aná-

lisis del nacionalismo colombiano en el siglo XIX. El autor define esta práctica política como una formación ideológica que permite movilizar a determinados sectores de la población en situaciones de "*crisis del desarrollo Político*"¹. En este contexto las élites construyen enunciados ideológicos que incluyen a ciertos sectores de la población concretamente excluidos y que, de acuerdo con un momento histórico determinado, cobran importancia en ciertas luchas políticas, es decir, el nacionalismo es un instrumento de movilización política que permite crear cierto sentido de conciencia y unidad nacional, incluso en sociedades profundamente excluyentes.

König identifica un *nacionalismo anticolonialista* que precede a la constitución de la República, y que se basa en la construcción de un otro opresor definido como algo *externo*, entidad que permite ubicar la unidad interna en torno a la construcción de un enemigo común: la metrópoli. Esta construcción permitió ubicar una unidad simbólica parcial en torno a la definición de una *identidad interior* por contraste con la *diferencia exterior*, es decir, con el enemigo común externo. En este sentido, el *nacionalismo anticolonialista* permitió la *inclusión*, por lo menos desde lo enunciativo, de las identidades raciales (negros, indios y blancos) en torno a una unidad política que se constituyó a partir de la identidad criolla como sujeto dominante, y que logró construir un incipiente sentimiento de pertenencia entre la población. Las diferencias internas basadas en la idea de raza se diluyeron para dar paso a una identidad que las englobó parcialmente: su autodenominación como americanos explotados por la metrópoli.

Una vez lograda la independencia, la unidad proporcionada por el nacionalismo anticolonialista se disipa prevaleciendo nuevamente las identidades raciales, que además de no estar insertas en ningún tipo de enunciación ideológica sufren las consecuencias de un sistema político excluyente. Al respecto dice König:

1 Acerca del concepto de Crisis del Desarrollo Político, dice König: "Parte de que las sociedades en el curso de su modernización política, que es parte de un proceso de modernización más amplio, se ven enfrentadas a seis problemas o desafíos que los gobiernos o las élites políticas sobre las que recae la responsabilidad de tomar decisiones, deben resolver para evitar situaciones concretas de crisis. A saber: la crisis de penetración (el problema de una administración efectiva, que alcance a todos los niveles sociales), la crisis de integración (el problema de la integración de los diferentes estratos de la población en la vida pública), la crisis de participación (el problema de la participación política de grupos cada vez mayores en el poder político), la crisis de identidad (el problema de la identidad nacional, es decir, de la creación de una conciencia nacional común, de la identificación de los distintos grupos de la población con la sociedad como un todo y con el respectivo sistema político), la crisis de legitimidad (el problema de la legitimidad del poder, de la responsabilidad del gobierno y del reconocimiento del sistema por parte de la población) y la crisis de la distribución (el problema de la repartición de bienes y recursos en el interior de la sociedad)" (1994, p. 29).

“Pese a que la Nueva granada se había constituido como nación de ciudadanos, la mayoría de la población permaneció excluida de la participación política activa, debido a su situación socioeconómica. Si bien es cierto que la constitución de 1843 no distinguía expresamente entre ciudadanos activos y pasivos, no cabe hablar en alguna forma de una igualdad de derechos políticos, ya que el derecho al voto activo y pasivo de todos modos reservado a los hombres estaba ligado a la propiedad y a la educación, es decir, a la capacidad de saber leer y escribir; así que sólo tenían derecho a votar, según cálculos aproximados, entre el 10% hasta máximo el 20% de los hombres mayores de edad, o bien casados” (König, 1994, p. 432)

La unidad proporcionada por el *nacionalismo anticolonialista* constituyó un instrumento de movilización política con el objetivo de asegurar la participación de la población en las luchas por la independencia. Una vez logrado este objetivo, el enunciado nacionalista perdió el sustento sobre el cuál se basaba; finalmente se disipó y se reconstituyeron las antiguas identidades basadas en la idea de raza. La estructura *colonizador/colonizado* que permitió la identificación de los diferentes grupos poblacionales en la lucha anticolonialista se fracturó y dio paso a una estructura basada nuevamente en las jerarquías raciales. El criollo se consolidó como la figura dominante mientras que los negros, los indios y los mestizos se ubicaron en las posiciones subalternas del espacio social (Rojas, 2001).

En este estado de cosas la construcción de la nación se desarrolló, tal como lo afirma Cristina Rojas (2001), a partir del *deseo civilizador*² de las élites, es decir, de su intención de convertirse en el grupo social organizador de la nueva entidad política y social. Esto quiere decir que con el éxito de la lucha anticolonialista, se produce un nuevo proceso de diferenciación que es heredero de la antigua

estructura colonial, pues una vez diferenciada de la metrópoli, la élite criolla reconstruyó las jerarquías raciales con el fin de constituirse como el grupo social y político dominante. El *deseo civilizador* consistió, más que en la intención real de transmitir los valores y prácticas denominadas *civilizadas* a las clases subalternas, en un poderoso instrumento de diferenciación que colocaba a la élite criolla en el lugar más alto de la jerarquía social, desde donde asumía la responsabilidad de *civilizar* a todas las masas *bárbaras* de la población.

Sin embargo, la lucha interpartidista por la apropiación del objeto de deseo, condujo a una forma específica de interpelación en la cual las diferentes razas fueron agrupadas bajo la denominación de pueblo como elemento discursivo de movilización política de acuerdo con los intereses ideológicos de cada partido³. La definición de la población como *pueblo nacional* fue la respuesta de las élites partidistas para enfrentar el problema de cómo constituirse en grupo dominante y al mismo tiempo, poder solucionar el problema de la diversidad racial con el fin de construir una unidad simbólica que permitiera gobernar, pues como dice Arias Vanegas.

La constitución de un orden nacional por parte de la élite permitió la modelación de un “espacio social” rígido, en torno a principios de diferenciación que determinarían quién ejercía el gobierno sobre los otros. A partir de lo nacional fue re-creada una sociedad estamental jerárquica donde emergían sus dos entidades opuestas: la élite y el pueblo. La figura del pueblo más que revelar una idea de unidad se constituyó, entonces, en una forma de generar distancias, aunque bajo la pretendida cercanía posesiva de nuestro pueblo. (2005, p.27)

La idea de pueblo permite el desarrollo de tres aspectos: primero crea la diferencia fundamental entre lo dominante y lo subalterno, diferencia que

2 “En el siglo XIX colombiano, el deseo civilizador estaba relacionado con el proyecto que buscaba la desaparición de los viejos sistemas de jerarquía y poder, y con el surgimiento de nuevas formas cuyo modelo era el de la civilización europea. Este deseo civilizador de materializó en el impulso de ciertas prácticas económicas, en determinados ideales religiosos y educativos, en costumbres y hábitos de vestir, y en el sueño de una civilización mestiza en la que se daría un blanqueamiento de la herencia negra e indígena” (Rojas, 2001, p. 36)

3 El partido liberal interpelaba al pueblo a partir de los valores de la revolución francesa en los cuales primaba el valor político del ciudadano, mientras que el partido conservador lo hacía reivindicando los valores hispanos de la moral católica y la lengua castellana.

aprovecha la continuidad de la oposición civilización/barbarie afianzada durante la colonia y perpetuada durante la república como mecanismo de distinción social y dominación política. Por esto, la definición del pueblo dentro del esquema jerárquico civilización/barbarie, produjo la necesidad de su gobierno por parte de un otro grupo social que estuviera más cerca de los cánones de la civilización:

El pueblo surgía de la tensión entre un supuesto pueblo real-observado, caótico, desordenado, inasible, que revelaba los miedos de la élite, y un pueblo ideal que podía ser moldeado y ordenado, revelando los deseos nacionalizadores y civilizadores. La importancia de la definición del pueblo radicaba en su papel como otro de la élite, otro semejante y distante a la vez, que era objeto de acción y posesión (Arias Vanegas, 2005, p.35).

En segundo lugar, la idea de pueblo crea una unidad que intenta totalizar y homogeneizar la diversidad racial. De manera similar al *nacionalismo anticolonialista*, la idea de pueblo intenta incluir a ciertos sectores de la sociedad en una unidad discursiva, con la diferencia de que en este caso no se trata únicamente de movilizarla políticamente sino también de intentar gobernarla. Así, dentro del pueblo se incluyeron todas las identidades raciales, los negros, los indios, los zambos, los mestizos, etc., por oposición a los criollos, identidad heredera de los valores civilizados.

Tercero y último, la idea de pueblo al homogeneizar la diversidad racial y producir una población subalterna que debe ser gobernada y moldeada por la élite, produce al mismo tiempo una especie de conciencia nacional en el sentido de que toda la población comparte un mismo sistema o patrón de poder. La construcción de un pueblo caótico y opuesto a la civilización, así como la construcción de una élite con la responsabilidad de *civilizar* y ordenar al pueblo mediante su dirección (Arias Vanegas, 2005),

permiten una identificación entre pueblo y élite que sólo se da a partir de un sistema de diferencias no equivalentes que se intentan articular mediante un discurso legitimador. En otras palabras, la autoconciencia de *ser pueblo*, entidad que adolece de las características civilizadas de la élite, crea la *ilusión* de pertenecer al mismo proyecto nacional del grupo dominante. Esta *ilusión* se mantiene mediante la creación discursiva de la *necesidad* de gobernar la población subalterna como condición para el desarrollo de las fuerzas civilizadoras de la nación.

Normalización y Biopolítica

El deseo civilizador de las élites no desapareció con la llegada del siglo XX. La interpelación realizada por cada partido hacia una población heterogénea denominada bajo la unidad de pueblo, de acuerdo con los intereses e ideología de cada facción partidista, se transformó en una interpelación consensuada entre los dos partidos que no se dirigió al pueblo como mecanismo de movilización sino a la raza como mecanismo discursivo. La idea de raza dejó de ser un elemento diferenciador suturado por la idea de pueblo para transformarse en un discurso normalizador articulado desde el Estado. En este sentido, ¿Cuáles fueron los factores que intervinieron para que la raza se constituyera en un discurso normalizador?, ¿Cuáles fueron las rupturas y continuidades con la idea de raza en el siglo XIX? Para responder estos interrogantes, en los siguientes párrafos se analizará el tema de la raza en el siglo XX a través de tres elementos constitutivos: las transformaciones sociopolíticas sucedidas a finales del siglo XIX y comienzos del XX, los discursos emitidos por los saberes denominados modernos, y finalmente, la articulación de los discursos racialistas en el espacio público.

Las transformaciones sociopolíticas.

Colombia llegó al siglo XX en medio de considerables transformaciones políticas y sociales. Éstas se expresaron en el fin de las guerras civiles y de los enfrentamientos interpartidistas, la emergencia de

una incipiente burguesía nacional y los comienzos de una transformación en la composición social de la población, con nuevos sectores articulados a lo que podría denominarse una protoindustria nacional. Estos factores tuvieron un papel relevante en la consolidación de la raza como un discurso normalizador.

El fin de las guerras civiles fue interpretado como un proceso de pacificación que se produjo en el interior de las élites y las facciones partidistas, a partir del cambio en las relaciones de interdependencia entre los sectores campesinos y los sectores terratenientes/comerciantes, es decir, un cambio en las relaciones de la propiedad de la tierra en el contexto de un proyecto agroexportador (Benninghoff, 2001). Con el aumento de la actividad mercantil derivada de la producción de café, el campesino experimentó una acumulación de dinero que incidió sobre su posición subordinada frente al terrateniente y transformó su antigua relación de sujeción en una relación de mutua dependencia. En estos términos, ahora el pequeño campesino productor dependía del comerciante para vender sus productos, así como el comerciante dependía del campesino para comerciar una mercancía que ya no se producía solamente en las grandes haciendas.

Esta situación implicó que los terratenientes/comerciantes se vieran impedidos para conformar sus ejércitos mediante el reclutamiento de sus trabajadores en las haciendas, pues la mayoría de ellos se habían convertido en productores emancipados de las antiguas relaciones serviles. De otro lado, armar campesinos independientes constituía un peligro teniendo en cuenta la ruptura de las relaciones serviles de sujeción, situación que finalmente incidió en un cambio hacia la profesionalización del ejército como forma fundamental de reclutamiento. Esto quiere decir que la centralización del poder comenzada con la Regeneración y finalizada durante el Gobierno de Rafael Reyes con la formación del Ejército profesional, respondió más que a una supuesta bondad o interés intrínseco pacificador surgido en el seno de las élites, a la transformación de las re-

laciones de interdependencia entre las élites terratenientes/comerciantes y los pequeños productores campesinos.

Todo lo anterior indica que el proceso de pacificación entre las élites colombianas se imbrica en el orden capitalista mundial con la inserción de Colombia en las lógicas del comercio internacional a través de un producto estratégico: el café. Asimismo, la pacificación del territorio se asumió desde las élites como una necesidad de reformar las estructuras socioeconómicas del país con el fin de lograr una inserción más eficiente en el orden capitalista mundial, lo cual implicaba, como primera medida, la formación de un mercado interno que aumentara la capacidad de demanda de la población. Según Darío Mesa (1982), a partir de este momento se configuró el surgimiento de una incipiente burguesía nacional que heredera de las élites articuladas a la economía agroexportadora del siglo XIX, buscó formar las bases modernas del Estado a partir la racionalidad y calculabilidad de la administración pública, la economía y la guerra, es decir, la centralización del poder.

El proceso de pacificación trajo consigo cambios importantes en la configuración de las formas de vida. La antigua élite rural, cuyo modo de acción específico era la guerra, fue suplantada por una élite urbana para quien el cese de las actividades bélicas constituía el objetivo fundamental para la incorporación de la república al funcionamiento del capitalismo mundial. La vida urbana indicó la transformación de los valores sociales y culturales de las élites en el país. El prestigio social se desplazó del honor militar y las acciones en el campo de batalla a la vida en los clubes sociales, centros de la cultura urbana en donde circulaban los avances más sobresalientes de la ciencia, la literatura y la filosofía, así como se discutían sobre bases de *racionales*, los asuntos políticos del país. Representantes de la burguesía nacional como Rafael Reyes, Carlos E. Restrepo, Miguel Abadía Méndez, José Vicente Concha y Miguel Jiménez López, fueron asiduos visitantes de estos lugares.

Durante las primeras dos décadas del siglo XX, al mismo tiempo que la burguesía nacional se consolidaba como la clase dominante, las clases subalternas experimentaban cambios relacionados con el auge de las industrias y el aumento del número de obreros necesarios para trabajar en ellas. El aumento de la población, las fábricas y la urbanización, trajo consigo rupturas en las relaciones tradicionales de sujeción que se manifestaron en huelgas e inconformismo entre la población, provocando la desconfianza de las élites ante las incipientes masas proletarias.

Los saberes modernos y el cuerpo como centro del conocimiento

Al mismo tiempo que el país se transformaba política y socialmente, las concepciones acerca de la educación también sufrían considerables cambios. Correlativamente a las disputas sucedidas entre la élite rural y la urbana, los comienzos del siglo XX presencian la disputa entre distintos tipos de saberes articulados en torno a la dicotomía *tradicional/moderno*, constitutiva además del sistema mundial capitalista. Esta disputa, que se expresa a través de la oposición entre saberes especulativos o metafísicos y saberes basados en prácticas experimentales para obtener sus resultados, en Colombia no produjo un desplazamiento total de unos saberes sobre otros, sino que se conformó como una imbricación compleja de los contenidos de cada saber, articulados unos y otros de acuerdo con unas formas específicas de apropiación (Sáenz, Saldarriaga y Ospina, 1996).

La pedagogía constituyó uno de los campos dentro de los cuales se produjeron complejas disputas entre los saberes tradicionales y modernos. A una pedagogía católica basada en el conocimiento del alma y el aprendizaje de máximas morales según los principios de Pestalozzi, se opuso una pedagogía basada en el conocimiento de lo observable y lo medible, es decir, basada en el contacto del estudiante con los objetos de conocimiento, razón por la cual este modelo fue conocido como “pedagogía activa”

4. Esta pedagogía, aunque lejos de conformar un cuerpo homogéneo, aparece como una estrategia educativa idónea en la formación de la población de acuerdo con las transformaciones del siglo XX, pues la población debería ser orientada hacia las necesidades del país, a saber el conocimiento práctico y la educación para el trabajo en las fábricas.

La disputa entre los saberes modernos y la pedagogía católica se expresó a través del dualismo alma/cuerpo. En efecto, si para la autoridad católica, quien poseía la potestad sobre la educación del país, únicamente era posible el conocimiento del alma, para los saberes modernos, representados en la medicina y la biología, el conocimiento del alma era considerado un imposible, ya que solamente se podían conocer las cosas medibles, observables, en última instancia objetivas. Sin embargo, frente a la creciente legitimidad de los saberes modernos, la pedagogía católica desarrolló una estrategia que le permitió apropiarse los saberes modernos sin perder la potestad sobre la educación. Esta estrategia consistió en revivir la antigua versión tomista del hilemorfismo aristotélico, según la cual todas las cosas físicas están compuestas de materia y forma como elementos complementarios de la misma cosa. De acuerdo con esto no existiría una separación entre alma y cuerpo sino que ambas serían partes consustanciales de la misma entidad, con lo cual la pedagogía católica pudo apropiarse los saberes experimentales al considerarlos como parte imprescindible del conocimiento del alma⁵.

Esta estrategia permitió a la pedagogía católica modernizarse en el sentido de la apropiación de los saberes médicos y fisiológicos, lo cual significó la posibilidad de una formación moral desde perspectivas científicas y el sostenimiento de la iglesia católica como salvaguarda de la educación nacional. En una sociedad profundamente católica y regulada por un estado confesional, el neotomismo permitió la entrada de los saberes modernos a la escuela, pues la educación debería integrar la moral, el intelecto, el civismo y la educación física. A través del saber médico, la higienización de la población se

4 La pedagogía de Pestalozzi consistía en una enseñanza memorista y verbalista de máximas morales mediante la presentación ritualista de objetos en el salón de clase, situación que impedía, según los principios de la pedagogía activa, el desarrollo de la voluntad, el interés y la creatividad del estudiante.

5 Para obtener mayor información sobre la estrategia neotomista se puede consultar el texto de Sáenz, Saldarriaga y Ospina (1996).

constituyó como una de las primeras tecnologías del cuerpo tanto disciplinarias como biopolíticas, pues al mismo tiempo que la higiene respondía a una decisión del Estado para mejorar las condiciones de la población, ésta se desarrollaba a través del examen, medición y seguimiento de las características individuales de los estudiantes⁶.

El debate sobre la degeneración de la raza

En 1920 se realiza en las instalaciones del Teatro Municipal el debate sobre la degeneración de la raza, en el cual participaron entre otros, Miguel Jiménez López, Luis López de Mesa y Jorge Bejarano. Más allá de las diferencias en las posiciones de cada uno de los ponentes, las cuales han sido analizadas por diversos autores (Castro-Gómez, 2007; Díaz, 2008, Herrera, 2001; Runge Peña y Muñoz Gaviria, 2005; Noguera, 2003; Uribe, 2008; Urueña, 1994; Villegas Vélez, 2005), aquí se propondrá una revisión de su importancia como discurso normalizador que sintetiza una serie de discursos producidos durante finales del siglo XIX y comienzos del XX.

Para comenzar es necesario decir que la preocupación por el tema de la raza no es un asunto perteneciente únicamente al siglo XX, sino que de acuerdo con Jaime Urueña (2003) se presentó también en el siglo XIX como una preocupación central de la élite política. En efecto, partiendo del análisis de pensamiento de José María Samper y Sergio Arboleda, este autor plantea que el problema de la raza surge en Samper y Arboleda como una matriz explicativa de los "males que aquejan a la nación". Sin embargo, mientras Samper consideraba la historia de las naciones como un proceso de creciente homogeneización racial que debía ser articulado mediante una unidad política proporcionada por una forma de gobierno democrática, que respondiera asimismo a las nuevas condiciones de igualdad racial de la población, para Arboleda aquella homogeneización, el mestizaje, era considerada problemática, por lo que el único mecanismo capaz de regular una población con estas características debía bus-

carse en los valores proporcionados por la religión católica, es decir, por una unidad de tipo prepolítico.

Mientras José María Samper y Sergio Arboleda estaban influenciados por las ideas de *Victor Courtet de L'Isle* y *Joseph Arthur de Gobineau*⁷ respectivamente, el debate sobre la degeneración de la raza pareció fundarse en los planteamientos Francis Galton, quien siguiendo la teoría de la evolución de las especies, desarrolló estudios genealógicos de varias generaciones de criminales e intelectuales, lo cual le permitió plantear en la década de 1860 la *ciencia eugenésica o del buen engendramiento* (Noguera, 2003). El debate sobre la degeneración de la raza se desarrolló siguiendo dos tendencias eugenésicas: una de línea dura cuyo representante más sobresaliente fue Miguel Jiménez López, quien partiendo del mestizaje como causa principal de la degeneración de la raza, promovió la limpieza de sangre a través de políticas inmigratorias desarrolladas desde el Estado. Por otro lado, la tendencia de línea blanda fue representada por Jorge Bejarano, cuya posición influenciada por las ideas del neolamarckismo, planteaba que los problemas de la población no se debían a una supuesta degeneración de la raza, sino a una decadencia provocada por las deficientes condiciones socioeconómicas de la población, razón por la cual se deberían fomentar políticas higiénicas y educativas por encima de la inmigración⁸ (Runge Peña y Muñoz Gaviria, 2005).

Como ya se dijo, más allá de los planteamientos de cada uno de los ponentes⁹, el significado de este debate se basa en la síntesis pública que realiza de los discursos modernos y de las transformaciones sociopolíticas de comienzos del siglo XX. Los discursos del evolucionismo social y del neolamarckismo fueron apropiados como una forma de interpretación de las deficientes características de la población colombiana, al mismo tiempo que los saberes modernos constituyeron la alternativa para superar aquella situación. La higienización del cuerpo, ya no únicamente sobre la base del disciplinamiento, sino a partir de políticas educativas que involucraran la educación física como parte integral del sistema

6 De acuerdo con Foucault la anatomo-política no excluye la biopolítica, es decir, que las tecnologías disciplinarias del cuerpo, aunque anteceden a las tecnologías biopolíticas, coexisten con estas últimas como mecanismos de refuerzo de las tecnologías de normalización de la población.

7 Según Urueña (1994) para Courtet, tanto las razas como los individuos poseen desigualdades en sus capacidades físicas e intelectuales, lo cual define la superioridad de unas razas sobre otras. De esta manera la desigualdad natural explicaría las desigualdades sociales y políticas de una nación en la cual coexisten diferentes razas desiguales. Asimismo, con la creciente homogeneización producida por la mezcla de las diferentes razas, se crea una contradicción entre esta igualdad poblacional y el sistema político basado en las diferencias raciales, razón por la cual se producen revoluciones políticas en las naciones que no reforman el sistema político de acuerdo a las condiciones poblacionales. De otro lado, para Gobineau, el mestizaje no es la premisa de sociedad más democráticas sino la causa de la degeneración racial y la decadencia de la población.

8 Aunque tanto Jiménez López como Bejarano abogaban por políticas higiénicas, la diferencia entre uno y otro se basa en la fuerza que cada uno le imprime a su argumentación: en el primero prima la inmigración, mientras que en el segundo la higiene.

9 Para conocer más acerca del desarrollo del debate se pueden consultar las obras de Castro-Gómez (2007), Díaz (2008), Herrera (2001), Runge Peña y Muñoz Gaviria (2005), Noguera (2003), Uribe (2008), Urueña (1994) y Villegas Vélez (2005). También se puede consultar directamente el libro editado por El Espectador "Los problemas de la raza en Colombia", en el cual se encuentran todas las conferencias dictadas en el Teatro Municipal.

educativo, fueron algunas de las propuestas que compartían los ponentes en el Teatro Municipal. Las diferentes posiciones de este debate recogieron los postulados del neotomismo al convertir el cuerpo en un instrumento de la formación moral de la población, lo que quiere decir, que si el degeneramiento moral y colectivo se manifestaba en el cuerpo, era a través de esa misma entidad como debía resolverse dicho problema. Evolucionismo social, eugenesia, higiene y neotomismo fueron los elementos fundamentales del debate sobre la degeneración de la raza.

La síntesis realizada por este debate tiene que ver con la situación anteriormente descrita, pero también con la articulación pública que se realiza de los saberes denominados modernos, todo en función de los objetivos de la emergente burguesía nacional con relación al desarrollo de las fuerzas productivas, razón por la cual la idea de raza se erige como un discurso normalizador. Este discurso se manifiesta como una *intencionalidad* cuyo fin es sembrar una determinada subjetividad moral en la población, relacionada con modelos y formas de comportamiento acordes a las necesidades de la economía capitalista. La idea de raza por contraste a razas, crea una unidad discursiva que homogeniza a la población en torno a una supuesta unidad nacional necesaria para llevar a cabo las tareas de la modernización, pues la producción de una *"subjetividad nacional"* requiere de un delicado trabajo de normalización de las diferencias concretas. En síntesis, la idea de raza esbozó los problemas generales de la población colombiana, al mismo tiempo que planteó las alternativas para que aquella se encaminara en el mismo sentido de los intereses de las clases dominantes.

Como se ha insinuado, el discurso normalizador debe comprenderse en el marco de la *síntesis pública* realizada por el debate. Los efectos concretos de la idea de *raza degenerada*, solamente fueron posibles gracias a la visibilidad pública que tuvieron las diferentes propuestas a través de la prensa de la época, cuyo papel fue de crucial importancia en la difusión de la idea de una nación homogénea cuya

raza se encontraba en situación de decadencia y degeneración. Parafraseando a Homi Bhabha, la raza "no es ni el comienzo ni el final de la narrativa nacional", pues "representa el límite [de] los poderes totalizantes de lo social en tanto se le concibe como una comunidad homogénea y consensual" (2002, Pág 47). Esto quiere decir que la prensa permitió la difusión y discusión pública de las necesidades de transformación de la población colombiana, todo esto a partir de un discurso homogeneizador de las diferencias poblacionales en torno a una supuesta degeneración colectiva. Finalmente, a través de este mecanismo público se constituyó una comunidad imaginada restringida (Anderson, 2007), que apropió para sí la inminente necesidad de construir un proyecto nacional que normalizara a la población de acuerdo con los intereses de la burguesía nacional.

Consideraciones finales

El análisis de la raza en el siglo XIX y XX permite observar más rupturas que continuidades en torno a las relaciones con la nación y la formación de identidades. En cuanto a las continuidades, tal como lo plantea Urueña (1994), tanto para los intelectuales del siglo XIX como para los del siglo XX, el tema de la raza se constituye como una matriz interpretativa de los problemas políticos y sociales de la nación. Sin embargo, las rupturas comienzan a evidenciarse si se tiene en cuenta que para Samper y Arboleda la raza constituye un problema político, mientras que para Jiménez y Bejarano conforma un problema de tipo socioeconómico. Si para estos últimos las estrategias de tipo eugenésico se consideran la herramienta fundamental en la resolución de los problemas planteados por la degeneración de la raza, para los primeros es la unidad política o cultural la situación que podría resolver la inestabilidad de la República. En última instancia, para los autores del siglo XIX la solución se encuentra en una estrategia externa a la población, mientras que para los amigos de la eugenesia la solución radica precisamente en el modelamiento de las características intrínsecas a la población.

La eugenesia, por tanto, es un punto de ruptura de considerable importancia entre las posiciones del siglo XIX y el XX. Mientras por un lado, tanto Samper como Arboleda, basan sus concepciones en teorías especulativas y lógicas erradas sobre el origen, superioridad y fusión de las razas, por el otro, los intelectuales del siglo XX parten de interpretaciones basadas en las teorías biológicas sobre la evolución de las especies y la herencia genética. Aunque ambas tradiciones se sustentan lógicas incorrectas, la postura eugenésica gozará de un mayor reconocimiento por estar basada no en especulaciones sino en saberes “científicos”.

Finalmente, las razas en el siglo XIX conforman un instrumento de diferenciación jerarquizada que fractura las posibilidades de un proyecto nacional incluyente, y además se articulan a la idea de pueblo como instrumento movilizador de las masas por parte de los partidos políticos. En el siglo XX en cambio, esa entidad politizada denominada pueblo se biologiza en torno a la idea de raza, la cual unifica a la población a partir de un discurso normalizador que plantea la necesidad pública de superar su degeneración y decadencia. Si en el siglo XIX la raza es un instrumento político, en el siglo XX se constituye como una estrategia biopolítica.

Literatura citada

- Anderson, B.** (2007). *Comunidades Imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Arias Vanegas, J.** (2005). *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano. Orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*. Bogotá, Uniandes-Ceso.
- Bhabbha, H.** (2002), “Diseminación: Tiempo, narrativa y los márgenes de la nación moderna”, en Von Der Walde, E. (coor), *Cuadernos de nación: Miradas anglosajonas al debate sobre la nación*. Bogotá, Ministerio de Cultura, pp.39-74
- Bejarano, J.** (1920), “Quinta Conferencia”, en Jimenez Lopez, M. et. Al, *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá, El Espectador.
- Benninghoff, F.** (2001). *¿Cuánta tierra civilizada hay en Colombia? Guerras, Fútbol y élites en Bogotá 1850-1910*. [Trabajo de Grado], Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Historia
- Bolívar, I.** (2002), “La construcción de la nación y la transformación de lo político”, en, *Cuadernos de nación. Nación y Sociedad Contemporánea*. Bolívar I., Ferro Medina, G.y Dávila A. (coord.) Bogotá Ministerio de Cultura, pp.9-39.
- CASTRO-GOMEZ, S.** (2007) “Razas que decaen, cuerpos que producen: Una lectura del campo intelectual colombiano (1904-1934)”, en Sanchez, R. (Edit). *Biopolítica y formas de vida*. Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana.
- DIAZ, D.** (2008), “Raza, pueblo y pobres: las tres estrategias biopolíticas del siglo XX en Colombia (1873-1962)”, en Castro-Gomez, S. Y Restrepo, E. (Edit.), *Genealogías de la colombianidad. Formaciones discursivas y tecnologías de gobierno en los siglos XIX y XX*. Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana.
- Foucault, M.** (1970), *La arqueología del saber*. México, Siglo Veintiuno Editores.
(1998) *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. Madrid, Siglo Veintiuno Editores.
(2001), *Defender la sociedad*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica,
- Habermas, J.** (1997), *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. México, Ediciones G. Gili, S.a.

- Herrera, M. C.** (1999), *Modernización y Escuela Nueva en Colombia: 1914-1951*. Serie Educación y cultura. Universidad Pedagógica Nacional. Bogotá, Plaza y Janés Editores Colombia S.A.
- Herrera, M. C.** (2001), "Debates sobre raza, nación y educación: ¿hacia la construcción de un "hombre nacional"? En: Herrera, Martha Cecilia y Jilmar Díaz, Carlos. (Comp). *Educación y cultura política: Una mirada multidisciplinaria. Serie Educación y Cultura*. Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional. p.p 117-142
- Jiménez López, M.** (1920 a), "Algunos signos de degeneración colectiva en Colombia y en los países similares ", en Jimenez Lopez, M. *et. Al, Los problemas de la raza en Colombia. Bogotá, El Espectador*. (1920 b), "Primera Conferencia", en Jimenez Lopez, M. *et. Al, Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá, El Espectador.
- König, H-J.** (1994), *En el camino a la nación. Nacionalismo en el proceso de formación del Estado y de la Nación de la Nueva Granada*. Bogotá, Banco de la República.
- Laclau, E. Y Mouffe, Ch.** (2006), *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires, Fondo De Cultura Económica.
- López de Mesa, L.** (1920 a), "Segunda conferencia", en Jimenez Lopez, M. *et. Al, Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá, *El Espectador*.
- Martin Barbero, J.** (1987), *De los medios a las mediaciones: comunicación cultura y hegemonía*. Barcelona, Ediciones Gili.
- Mesa, D.** (1982), "La vida política después de Panamá", en Manual de Historia de Colombia. Tomo III. Bogotá, Instituto Colombiano De Cultura. pp. 83-178
- Noguera, C.** (2003), *Medicina y política: discurso médica y prácticas higiénicas durante la primera mitad del siglo XX en Colombia*. Medellín, Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Quijano, A.** (2009), *Colonialidad del poder, Eurocentrismo y América Latina.*, disponible en http://fundacion.proeibandes.org/bvirtual/docs/quijano_colonialidad.pdf, recuperado: 13 de Mayo de 2009.
- Rojas, Cristina.** (2001), *Civilización y violencia. La búsqueda de la identidad en la Colombia del siglo XIX*. Bogotá, Grupo Editorial Norma.
- Runge Peña, A. C Y Muñoz Gaviria, D. A.** (2005,), "El evolucionismo social, los problemas de la raza y la educación en Colombia, primera mitad del siglo XX: el cuerpo en las estrategias eugenésicas de línea dura y de línea blanda", En *Revista iberoamericana de educación* [en línea], N° 39 , disponible en <http://www.rieoei.org/rie39a06.pdf> , recuperado: 17 de Diciembre de 2008
- Saenz, J. Saldarriaga, O; Ospina, A.** (1997), *Mirar la infancia: pedagogía, moral y modernidad en Colombia: 1903-1946*. Medellín, Colciencias-Ediciones Foro Nacional por Colombia-Ediciones Uniandes-Editorial Universidad de Antioquia.
- URIBE, J.** (2008), "Sociología biológica, eugenesia y biotipología en Colombia y Argentina (1918-1939)", en Castro-Gomez, S. Y Restrepo, E. (Edit.), *Genealogías de la colombianidad. Formaciones discursivas y tecnologías de gobierno en los siglos XIX y XX*. Bogotá, Pontifica Universidad Javeriana.
- Urueña, J.** (1994, Mayo-Agosto), "La idea de heterogeneidad racial en el pensamiento político colombiano: una mirada histórica", en *Análisis Político*, Núm. 22, Bogotá, IEPRI-Universidad Nacional de Colombia, pp. 1-27.
- Villegas Velez, Á.** (2005, Enero-Junio), "Raza y nación en el pensamiento de Luis López de Mesa: Colombia, 1920-1940", en *Estudios Políticos*, N° 26, p.p. 209-232

